

El Contacto Corporal en la Relación de Ayuda¹

Amedeo Cencini²

La Dirección Espiritual (DE) o acompañamiento personal³ es una forma de relación, de ayuda destinada a crear cierto tipo de relación entre un director espiritual (DiEs) y la persona dirigida. No es, en efecto, una relación cualquiera, sino un intercambio a niveles profundos, con resonancias emotivas que en ciertos casos pueden significar mucho involucramiento. Involucramiento también en la dimensión corporal, con consiguientes expectativas y mensajes, pedidos y pretensiones, tentativas y acercamientos... explícitos o implícitos, conscientes o inconscientes, y posibles reflejos en el área afectivo-sexual.

¿Qué hacer en estos casos? ¿Cómo interpretar este tipo de involucramiento y los requerimientos en tal sentido? ¿Hasta qué punto puede un DiEs manifestar comprensión y benevolencia, cariño y simpatía hacia la persona guiada? ¿Es un problema sólo del padre espiritual como figura masculina que guía a una mujer? ¿Por qué motivo cada intercambio afectivo sensible debería ser absolutamente abolido, si luego todo acaba... con un padrenuestro rezado juntos con las manos entrelazadas? ¿Conviene volver a la lógica de la vieja distancia de seguridad y evitar cualquier tipo de complicaciones o hay una distancia afectivamente cálida⁴? ¿Y qué se puede aconsejar al discípulo abusado: huir, reconducir al director a sus responsabilidades, o aceptar todo, a lo mejor espiritualizando cada gesto para continuar como si nada fuera?

¹ Traducción: Ma. Angélica Crovara, para el curso de Supervisión / Acompañamiento Psico Espiritual (UCUDAL), 2011.

² Maestro de Profesos en el Seminario de los Padres Canosianos, Verona, Italia.

³ Para ver la diferencia entre las dos expresiones cfr. A. Cencini, *Vita consacrata. Itinerario formativo lungo la via di Emmaus*, Cinisello B. 2003, p.63. NdT: el texto se encuentra traducido al español.

⁴ Según el antropólogo E. Hall existe una "zona íntima" entre el yo y el tú (de 0 a 45 cm) para contactos como "hacer el amor, confortar, acariciar", en la cual se comunica con la palabra y el contacto físico; luego una "zona personal" (de los 45 a los 120 cm) para los contactos entre amigos y con personas que se conocen, en la cual la vista se convierte en el canal sensorial dominante y se comunica de modo verbal y no con el tacto; luego la "zona social" (de los 1.2 a los 3.5 m) para los contactos impersonales con quien no se conoce; y por fin la "zona pública" (más de 3.5m) para los contactos formales entre un individuo y el público (cfr. E. T. Hall, *La dimensione nascosta*, Bompiani, Milano 2001; cfr. también M. Costa-P. E. Ricci Bitti, "Fra me e te. Prosemica: messaggi dello spazio personale", en *Psicología contemporanea*, 179 [2003], 26-36).

1. Silencio púdico (y embarazoso)

El contacto corporal en la relación de ayuda es un tema que no ha sido muy discutido y del cual no se encuentra casi huella en la literatura correspondiente. O del cual sólo se habla cuando surge algún problema al respecto. Por otra parte un tema como este tiende por su naturaleza a quedar púdicamente escondido o apenas susurrado...

Quizás alguien, de modo un poco puritano, lo encuentra un tema extraño e intrigante, que hay que dejar de lado y ni siquiera tratarlo en una revista "seria", casi como si fuera un cediendo a la moda del prurito y lo escabroso.

O bien habrá quien, en el extremo opuesto, ve en él, y se obstina en ver, solamente el lado espiritual, a lo mejor con algún sutil intento autojustificativo, y cita con entusiasmo un poco sospechoso los usuales tres, cuatro (¿cómo es posible que sean tan pocos?) clásicos ejemplos de las grandes amistades espirituales entre Francisco y Clara, Juana de Chantal y Francisco de Sales, Jordán de Sajonia y Diana de Andalò...

O también hay quien ve el problema de modo un poco estrábico, como si estuviera solamente de parte de quien se excede en el empleo de cierta gestualidad y no del que teme excesivamente también su propia afectividad y la ajena, y reacciona asustado frente a la mínima señal de atracción como si fuera un adulterio ya consumado.

O bien hay quien encuentra perfectamente inútil hablar de estas cosas o hacer de ello objeto de una argumentación que quiera imponer reglas y fijar límites. Y prefiere que cada uno haga como mejor cree y como interiormente lo sienta en el momento. Por un lado, en efecto, ni es posible programar la emoción y sus requerimientos (o sus respuestas) y quizás tampoco pretender plasmarla como se quiere, especialmente cuando es provocada, ni es posible, por otro lado, definir todo, hasta aquí se puede y después no más..., si no queremos recaer en una lógica moralista (la moral del centímetro) y sutilmente farisaica (basta con salvar las apariencias!).

2. En la práctica...

En fin, no se está lejos de la realidad si se deduce de esta introducción la sensación de cierta confusión, dominada por un marcado subjetivismo: en efecto cada uno parece dar a este problema la solución que cree; casi como si hubiese una especie de vacío normativo al respecto.

En realidad no es del todo exacto: generalmente nosotros venimos de posiciones al respecto bastante rígidas y precisas, o de una concepción de la castidad muy clara en relación con los "intercambios naturales". Existe pues una línea tendencial, sobre el plano teórico, bastante precisa. Que no quiere decir que luego, en la práctica, no puedan existir posiciones muy diferenciadas. Al

punto de que quizás, hoy, haya quien encuentra excesiva esta rigidez y adopta otro estilo, también pasando, en ciertos casos, al extremo opuesto e incluso con mucha naturaleza, a lo mejor también con la confirmación complaciente de teorías y corrientes de pensamiento.

Pero también hay quien persiste en una actitud fría y apartada, convencido de no sentir nunca nada, seguro que está bien así y rechazando con modos apresurados y a veces sutilmente ofensivos, cualquier pedido de calor humano de parte del otro.

Entonces, cuánto falta todavía para tratar de lograr una pequeña explicación desde el punto de vista psicológico, sin afrontar el problema desde el punto de vista moral, de lo lícito o lo ilícito, pero en todo caso de los posibles significados que el contacto corporal puede tener en el ámbito de la relación de ayuda, sobre todo desde el punto de vista de la guía. Para luego tratar de identificar algunos criterios de discernimiento.

3. Principios arquitectónicos

Nuestro tema es uno clásico de frontera, en el sentido que se encuentra en el límite entre teoría y praxis, y por tanto se debe mantener vinculado a un enfoque sapiencial, o a un saber iluminado capaz de encarnarse y expresarse espontáneamente en la práctica de la vida. Más allá de este tipo de enfoque sólo existe el moralismo que multiplica las reglas y pretende poner por todos lados cercos de confines y barreras varias, o el subjetivismo a ultranza que no tiene otra norma fuera del instinto en busca de gratificación y termina por crear una gran confusión.

Pero la realización de este enfoque sapiencial tiene sus reglas. Significa, ante todo, la definición de algunos elementos básicos de nuestro discurso, que de algún modo ofician de mediadores entre sentido y modalidad o entre teoría y práctica de la DE, en relación a lo que a nosotros aquí más nos interesa. Una especie de principios arquitectónicos, sobre los cuales luego podemos construir el contenido del discurso. Para no correr el riesgo de hacer solamente un análisis teórico y demasiado ideal, o de reducirlo a una serie de recomendaciones moralistas y de naturaleza sólo conductual. Son cuatro principios generales.

3.1. La DE como misterio

La DE es una ayuda temporal e instrumental que un hermano/hermana mayor en la fe y en el discipulado da a un hermano/hermana menor, compartiendo juntos un trecho de camino, para que éste pueda discernir la acción de Dios sobre él y decidir actuar con libertad y responsabilidad.

Objetivo complejo, que lleva a ver la naturaleza igualmente compleja de esta operación, su ser misterio, no en el sentido clásico de realidad oscura y difícil de entender, sino en el moderno de realidad compleja, que logra conjugar

polaridades que parecerían contrapuestas, como lo humano y lo religioso, la atención al aspecto psicológico con la capacidad de transcendencia del ser humano, la libertad de ser uno mismo y el coraje de responder al Eterno que llama. En tal sentido DE significa, ante todo, una *dirección* para imprimir a la vida misma para que no navegue a la deriva, en la niebla de nuestras confusiones e indecisiones, y tenga el coraje de llegar a una elección precisa; pero una dirección que sea "*espiritual*" y que sólo el Espíritu puede imprimir, porque el Espíritu de Dios es el alma de la relación, es el que hace la síntesis y reconduce todo a la unidad, a la unidad del amor como único objetivo auténtico de todo lo que vive. Y no sólo el Espíritu divino, sino también el espíritu humano, al menos como potencialidad de fondo y vocación innata, espíritu como punto de convergencia de todo lo humano, de lo psicológico y de lo racional, de lo inmanente y de lo trascendente, de lo instintivo y de lo contemplativo que está en cada hombre.

De aquí surge una serie de consecuencias.

Dentro de esta concepción de la DE abierta al misterio y marcada profundamente por esta dimensión, el objetivo de la misma no puede ser sólo la madurez psicológica o la higiene psíquica, que sin embargo es parte integrante de tal servicio. Por un lado el acompañamiento personal supone y requiere la integridad psicológica, por el otro la supera y trasciende, realizándola en plenitud. Pero en todo caso está orientado hacia una meta que está *más allá de lo psíquico*; su ámbito de intervención es lo *espiritual*, que comprende lo psíquico, pero no se identifica *tout-court* con él, tal como, por otra parte, es una relación que apunta explícitamente a la relación con Dios, pero no puede ignorar algunas leyes evolutivas del ser humano y de su camino de madurez general o algunos componentes de la capacidad decisional y de la libertad afectiva, como veremos mejor más adelante.

De ello surge, como consecuencia ulterior, un doble y convergente régimen o nivel de "obediencia" en la DE, por parte de quien está llamado a cumplir este servicio: en relación con la orientación *religiosa* de fondo y respecto a cierto camino evolutivo caracterizado por algunas disposiciones *humanas*. El conjunto de estas dos actitudes de obediencia (a Dios y al hombre) indica la adhesión a una cierta concepción antropológica que viene de la fe y no sólo de ella.

Pero el elemento fundamental y decisivo en esta síntesis está constituido por *la persona del director o guía espiritual*: es en su interior y en su vida que tal síntesis deberá ser vivida y de la manera más evidente posible. En concreto, el hombre-de-Dios, como aún hoy se tiende a llamar al que engendra en el espíritu, no es el tipo desencarnado, con raptus de fugas improbables de lo humano, sino que es sobre todo el que vive toda su humanidad como lugar donde vive el Espíritu; no es el hombre que ha renunciado a sus instintos o que tiene miedo de su vida impulsiva, o que combate con afán y niega su sexualidad, sino que es el ser hecho de carne que ha aprendido a reconocer en su propia carne, la raíz de su

pasión, la "chispa pascual"⁵, o la posibilidad de acoger la acción misteriosa del Espíritu, obviamente con la renuncia y la elevación espiritual que eso comporta, pero también con la transparencia y la capacidad de amar que se deriva de él. Un hombre así, justamente por esto, vive y comparte hasta el final y en toda su riqueza su humanidad, con la completa conciencia de sus propios miembros (y de los ajenos) como templo del Espíritu de Dios. ¡Es la plenitud del misterio o el punto extremo de la síntesis!

3.2. La DE como ministerio espiritual

La primera de las disposiciones interiores obedienciales, hemos dicho, está orientada hacia la finalidad típicamente religiosa y trascendente de este ministerio. Dicha finalidad caracteriza intensamente el tipo de relación que se establece dentro de él. Convirtiéndolo verdaderamente en un servicio, pero en un servicio particular, espiritual. Y no puede ser de otra manera.

Por ejemplo, la relación de la DE es y da lugar no a una relación paritaria, pero sí a una relación *asimétrica* entre dos individuos que no están sobre el mismo plano como dos simples amigos: aquí uno acompaña o guía y el otro es acompañado y guiado, uno es hermano/hermana mayor, en la fe y en el discipulado, del que está buscando. Tampoco se trata de una relación parecida a la didáctica, donde un maestro enseña sin necesariamente involucrarse mucho más en la operación, mientras que el otro aprende; aquí si acaso hay un creyente que *comparte* su experiencia de fe y que, mientras acompaña al hermano menor en su camino personal de fe, él mismo se siente introducido e involucrado en una -para él- nueva, inédita y misteriosa experiencia de fe. Y da gracias por ello.

Sin embargo, no se trata tampoco de una ayuda psicológica cualquiera como podría ser un *counseling* o una especie de psicoterapia, sino de un acompañamiento *en el Espíritu*, a lo largo de los caminos *del Espíritu* y de última, un análisis conducido por él, donde el hermano mayor, rigurosamente hablando, desarrolla solamente el papel de *mediador*, sin ser ni el protagonista de la operación ni, aún menos, el punto de referencia. Ambos, acompañante y acompañado, están de frente al mismo Dios, meta de cualquier recorrido terrenal y conducidos por el mismo Espíritu, dulce huésped de las almas, en el único abrazo del Padre. Y la guía, de modo particular, es el que remite a un Otro, no atrae hacia sí mismo, no se mete en el centro de la relación; por el contrario, desarrolla bien su deber en la medida en que él disminuye y el Otro crece, o en que hace emerger con nitidez a Aquel que llama y su voluntad, sin entrometerse ni invadir un espacio que no le compete, sin sustituir al que llama y al que debe responder.

Finalmente es interesante señalar, en la definición que hemos dado de DE, su característica *temporal* e *instrumental*, típica además de todos los ministerios

5 O. Clément, *Riflessioni sull'uomo*, Milán 1973, p. 101.

en la iglesia de Dios. Se trata, una vez más, de una característica plenamente comprensible sólo dentro de la categoría de la mediación y del mediador que, por su naturaleza, además de no atraer hacia sí mismo, no reivindica tampoco alguna pretensión de definición y continuidad en el tiempo de su propio obrar, de posesión y dominio sobre el otro, ni atribuye demasiada importancia a sí mismo y a su rol, como si fuera indispensable e imperecedero y el otro tuviera que ligarse a él de por vida con una gratitud similar a la dependencia. Es verdad que la tradición espiritual de la iglesia siempre ha destacado mucho la dimensión paterna/materna de la DE como una generación en el espíritu, pero la auténtica generación es justo la de aquel que se ha convertido en adulto y autónomo, obviamente de una persona igualmente adulta y autónoma.

3.3. La DE como relación de ayuda

La segunda "obediencia", hemos dicho, está vinculada al aspecto humano del camino de DE. Queremos referirnos con esta expresión, sobre todo al aspecto humano y psicológico de aquel que es guiado y a las leyes típicas de la relación de ayuda. La DE, en efecto, no es una relación cualquiera, sino una de las que se agrupan bajo el nombre, en el plano psicopedagógico, de *relaciones de ayuda*, en las cuales espiritualidad y psicología se entrelazan recíprocamente dentro de una síntesis dinámica completamente original, como ya se ha recordado.

En esta síntesis de naturaleza espiritual, en la cual compete a la espiritualidad definir el punto de encuentro y de llegada, es importante recordar al hombre/mujer espiritual que tal acompañamiento obedece y debe obedecer también a algunas leyes de la psique humana. *Debe*, no sencillamente *puede*. Ya que el camino de crecimiento en el espíritu, para ser auténtico, debe ser global, total y totalizador, expresión de un recorrido que el ser humano hace con todo él mismo: corazón y mente, manos y pies, sentidos e instintos... Nada puede quedar fuera o quedar desatendido, incluidas aquellas leyes que el creyente cree puestas por Dios en la profundidad del mundo interior humano, que no pueden ser ignoradas justo en el momento en que él es ayudado y provocado en su camino de crecimiento y de plena apertura a lo divino.

Nos referimos ante todo a algunos principios indispensables para la guía, para una correcta *comunicación* con el otro y una *comprensión en profundidad* de su situación intrapsíquica, a nivel no sólo consciente, sino también inconsciente; nos referimos además al conocimiento al menos general de las leyes evolutivas de la madurez humana en el área afectiva y afectivo-sexual, en la de decisiones y en la moral, relacional e intelectual.

Pero sobre todo es fundamental para la guía conocer algunos principios que puedan permitirle escudriñar su *propio* mundo interior, para aprender a descifrar de él los mensajes y no contarse mentiras, para no caer en algunas trampas afectivas y no correr el riesgo de usar sutilmente al otro/a para sus propias necesidades más o menos inconfesadas y de no dejarse usar, para no

proyectar sobre el otro sus problemas y distorsionar su percepción y - positivamente- para aprender a aceptar al discípulo en su originalidad y en la unicidad del dibujo que Dios está presentando frente a él; para aprender a comunicar cariño sincero y benevolencia auténtica, aquella que respeta al tú en su autonomía y lo hace crecer en la libertad del corazón.

Justamente por esto, la guía deberá conocer también las modalidades de ayuda que le permitan provocar que la persona salga de cierta reclusión en sí misma, para que descubra sus autoengaños, se diga la verdad, construya relaciones adultas, no use ninguna relación, ni siquiera la relación con Dios, para sus necesidades afectivas y que viva el riesgo de la libertad afectiva...

3.4. La DE como relación virginal

Finalmente, otro principio que de algún modo nos permite dar fundamentos sólidos a nuestro discurso y construir igualmente una estructura sólida es el relativo a la calidad de las relaciones generalmente que el célibe por el Reino está llamado a vivir y entretener. La DE es ante todo una relación, y relación específica, ligada al particular estado vocacional de la persona y que, por consiguiente, debe ser vivida según el estilo típico de quien ha realizado una elección de vida como la vida virginal. En efecto, es y debe ser expresión de ello.

El estilo relacional típicamente virginal representa un poco el contexto general, aquel que ofrece el ámbito interpretativo y la llave de lectura del modo en que el DiEs pretende y luego establece la relación de acompañamiento. Tal estilo deberá hacer emerger aún algunos aspectos o valores típicos de la relación virginal (y de la virginidad en sí misma); como si la DE se prestara para ser ámbito calificado donde la relación virginal expresa toda su originalidad y riqueza, fecundidad y dinamismo. En cierto sentido deberá interpretar también el estilo de manera aún más radical.

En el fondo, nuestra problemática realmente nace también aquí, o está ligada, aunque no necesariamente, a la identidad vocacional de la guía y del que es guiado, llamados expresamente a una vida consagrada en la virginidad. Es una síntesis posterior que habrá que resolver y componer.

4. Estilo relacional en la dirección espiritual

Ahora pasamos al aspecto más práctico de nuestra reflexión. Hagámoslo deduciendo algunos principios operativos de los principios teóricos que hemos considerado, buscando de la mejor manera posible que emerja, detrás y dentro de cada uno de ellos, el valor que lo inspira y motiva⁶.

⁶ Para profundizar este apartado cfr. A. Cencini, *I Sentimenti del Figlio*. EDB, Bolonia 1998, pp 208-211. NdT: dicha obra se encuentra traducida al español.

4.1. “No soy yo tu centro..., no eres tú mi centro”

Se cuenta en la historia de los Padres del Oriente cristiano, donde siempre ha sido muy difundida la práctica de la DE, que normalmente en el coloquio espiritual guía y discípulo no se sentaban nunca el uno frente al otro, mirándose a los ojos y hablándose directamente, sino que se ponían uno al lado del otro de modo que la mirada de ambos fuera dirigida hacia un ícono sagrado o hacia el crucifijo. A nosotros y a nuestra cultura del rostro y del encuentro inmediato, puede resultar quizás un poco extraño todo eso, pero el valor que se pretende subrayar con ello es enorme: es el valor de la centralidad de Dios en cada relación humana, particularmente en una relación como la que se crea en la DS donde, por definición y por consiguiente a nivel explícito, Dios se ubica en el centro de la búsqueda y es término de la espera.

Pero donde también es frecuente, justo por la calidad e intensidad de la relación misma, la tentación, muy sutil y a veces impalpable, de combatirle a Dios esta centralidad en el corazón de la otra persona, casi sustituyéndose a él, a lo mejor respondiendo en tal sentido a una espera o a un requerimiento que viene del otro. El auténtico DiEs es ante todo uno que se da cuenta de esta situación, advierte la solicitud, al principio quizás sólo implícita, que surge progresivamente de la actitud de la persona que tiene en frente y tal vez también de su conciencia, supera la tentación de sentirse satisfecho y gratificado por encontrarse en el centro de la vida ajena, es capaz de tomar las muchas señales de esta tentativa de... desplazar el centro, como, por ejemplo, la solicitud de un gesto físico de cariño, que podría ser moralmente lícito, pero que en tal momento sería señal de un desequilibrio que podría desviar todo el recorrido: el gesto físico, en efecto, refuerza inevitablemente el sentimiento y le da una orientación precisa.

Y decide, entonces, no caer y no hacer caer en la trampa. O sea, a quien quisiera ponerlo en el centro de su vida, él le recuerda: “no soy yo tu centro, sino Dios”. Y se lo hace entender “apartándose”, no ocupando aquel sitio que pertenece a Dios, es decir no acogiendo la solicitud que lentamente podría hacerle usurpar ese sitio, poniéndolo en el centro de los afectos del otro; y elige actuar así no sobre todo para no pecar, sino para que el otro/a se vuelva verdaderamente a Dios, o para que la relación entre ellos continúe celebrando la búsqueda del Eterno.

Incluso también si fuera el otro/a que pretende introducirse en el centro de su vida prometiendo plenitud de satisfacción, ante lo cual su corazón no queda insensible, también en tal caso dejará pasar la propuesta para recordarle: “no eres tú mi centro, sino Dios”⁷, y esta vez no tanto por no cometer transgresiones, sino para decirle y recordarse también a sí mismo el amor del Eterno como único amor que satisface el corazón humano y reequilibra la tensión de búsqueda.

7 Cfr. B. Maggioni, *La lieta notizia della castità evangelica*, en «La Rivista del Clero Italiano», 7-8 (1991), p 456.

4.2. Pasar cerca rozando

El verdadero padre en el espíritu tiene que saber vivir con libertad interior relaciones empenativas, en las cuales le es dado y requerido el acoger plenamente la vida del otro y de llegar hasta los umbrales del misterio del tú, pero todo esto tendrá que aprender a hacer con extrema delicadeza, con gran tacto, con sobriedad y respeto por los sentimientos ajenos. Aprendiendo el arte del *pasar cerca rozando*, con su correspondiente lenguaje. Arte finísima, que se aprende sólo con un largo y esforzado control y refinamiento del espíritu y de la psique, de los sentidos y de las actitudes, respetando el espacio del otro, también el físico, porque *no es el cuerpo el lugar ni el motivo del encuentro en la relación virginal y en la relación de DE, sino Dios y la búsqueda de su voluntad y de su amor.*

Por esto el DiEs aprende el lenguaje de la delicadeza, que no es rigidez ni nace del miedo de contaminarse y tampoco se expresa con torpes incomodidades o es traicionado por embarazosos rubores, pero dice y desvela la linealidad de una vida fiel a la elección y a la búsqueda de Dios y logra transmitir la certeza de que Dios es el auténtico y único punto de encuentro de dos seres. Por esto, él vive muchas relaciones también con intensidad, pero siempre rozando al otro, o bien evitando cada actitud o gesto que vaya en el sentido de la invasión de la vida ajena, de la penetración de sus espacios, de la manipulación de sus elementos...; si "no es casto el que alarga la mano para declarar *propio* el objeto del amor"⁸, no es verdadero padre en el espíritu el que usa al otro como objeto y termina por hacer del cuerpo el lugar y el motivo del encuentro (como es típico de otros estados vocacionales).

4.3. El beso de Francisco

Pero también existe el "beso santo" (Rom 16,16), aquel, por ejemplo, de Francisco que supera cierta natural hosquedad y aprende a querer con cariño sensible al hermano leproso. Entendámonos, lo que se quiere decir y precisar aquí es que también la emoción puede ser "educada", también el instinto natural puede ser objeto de formación y aprender nuevas atracciones, es posible la renuncia, cuyo fruto no es el desierto de los sentimientos (o la inexistente "paz de los sentidos"), sino la capacidad de querer de modo nuevo, no más según la lógica y el lenguaje de la atracción instintiva y selectiva, que ama lo que es atractivo e inmediatamente satisfactorio, sino según otra lógica. La que deriva *del coraje de haber dicho no a la cara más bonita para estar libres de querer a la más fea*, como hace Francisco; o de la elección de no adoptar más criterios electivo-selectivos para aprender a querer a la manera de Dios, que no usa esos criterios y quiere especialmente a quien está más tentado de no sentirse agraciado.

8 M. Danieli, *Liberi per chi?* Il celibato ecclesiastico, EDB, Bolonia 1995, p. 85.

De tal lógica también derivará un lenguaje nuevo, no más invasivo e invasor, penetrante y manipulador, restrictivo de la dignidad ajena a un puro objeto..., sino un lenguaje que respeta el misterio del otro y deja inviolado aquel espacio del corazón que solo Dios puede llenar, como ya se dijo.

4.4. Frustración afectiva ideal

Decíamos antes que el DiEs debe obediencia no sólo al sector religioso espiritual, sino incluso al más humano y psicológico, a aquellas leyes que están inscritas en la naturaleza humana. Aquí el discurso se extendería excesivamente, pero nosotros sólo tomamos un aspecto, el que nos parece más pertinente a nuestro tema y acerca del cual podemos usar hasta una intuición de Freud, completamente "laica". Freud mismo, en efecto, recomendaba la necesidad, para una sana educación como para una correcta psicoterapia, de que *no se gratificaran* regularmente las solicitudes afectivas del niño como del paciente, sino que se les enseñara a *vivir la frustración*. ¡Sabia enseñanza también para la guía!

Siempre y cuando, sin embargo, la frustración sea *optimal*. En otras palabras, no la frustración como simple represión o negación de la necesidad, sino como situación que debe ser usada sobre el plano del conocimiento y de la formación de la persona como momento providencial para entender verdaderamente qué cosas tiene en el corazón y de qué es señal aquella necesidad de cariño sensible; pero providencial también porque puede volverse experiencia inédita de soledad, constatación sorprendida de poder sentirse independiente, principio de una nueva relación con Dios, descubrimiento de la ternura de su amor... En tal sentido, también un apego intenso como un enamoramiento podrían convertir a esta ocasión en propicia, si la guía ha aprendido a administrar con sabiduría estas situaciones.

Un gesto, en cambio, de gratificación inmediata de la solicitud de cariño sensible podría bloquear todo esto y no hacer partir ningún dinamismo saludable de conocimiento de sí mismo y de progreso en la libertad psicológica y en la vida espiritual. Mucho peor si esa gratificación, más allá del aspecto moral, se vuelve algo habitual. Sería una falsa DE.

4.5. Distancia afectivamente cálida

Hay un tipo de apuesta en la vida del virgen por el reino de los cielos, y que quizás sea particularmente reconocible en el ministerio de la DE: la apuesta de que *puede existir y se puede manifestar una increíble riqueza de calor humano y no sólo humano, aun absteniéndose de cualquier gesto e intimidación*. Pero también aquí no en forma descontada o porque no suponga un cierto camino ascético: es necesario ascetismo para decir que no a las pretensiones infantiles, como lo es para aprender a expresar benevolencia, a no defenderse del involucramiento con el tú, a no tener miedo de los propios sentimientos, a dejarse querer y a

reconocer con gratitud las señales de cariño alrededor de sí mismo sin pretender siempre con hambre insaciable, a querer más allá de los vínculos naturales y de amistad...

Es necesario ascetismo para aprender los mil caminos y matices del rico lenguaje simbólico del amor, más allá del vocabulario del lenguaje genital o físico-gestual. En el fondo, la misma DE es expresión genuina de amor en muchas formas y por motivos diversos: es tiempo dedicado a un servicio humilde, es don sincero de sí mismo y de algo precioso; es cansancio de la mente y del corazón, es mirar al otro con estima y benevolencia, es comprensión de la debilidad, es paciencia de espera...

Y si en todo eso hay poco de instintivo y espontáneo, como ocurre en una amistad, entonces, esto es aún más señal de un amor siempre humano pero no sólo humano, y por esto capaz de llenar la distancia y volverla cálida, comunicativa, un lugar donde está misteriosamente presente el Espíritu del amor y el otro se siente profundamente amado. Donde la apuesta es ganada.

5. En caso de abuso

¿Pero qué hacer cuando falta cierto equilibrio y la guía asume actitudes impropias, a lo mejor no en mala fe, o considera bueno y saludable para el discípulo algo que, en cambio, acaba por crearle turbación y regresión?

Nos ponemos, pues, de parte de quien recibe el servicio de la DE. En caso de que padeciera un abuso (en sentido amplio, y en todo caso como uso impropio de la relación) creo que la primera cosa que hay que hacer es tener el coraje de hablar con la guía misma, manifestándole con claridad lo que ha vivido y continúa viviendo: la turbación y la agitación, la confusión y contradicción interior, a lo mejor también la desilusión. Está bien que la guía sepa lo que ha provocado en el otro. Se puede derivar de ello una saludable reconsideración y la decisión de cambiar de estilo.

Pero este acuerdo que determina un crecimiento en la relación no siempre es posible. En efecto, existe también el DiEs que insiste sobre su línea y no quiere cambiar de ruta. Y busca a lo mejor convencer al otro de que está bien así, que se puede espiritualizar todo.

Sería peligroso ceder, a lo mejor por un tipo de temor reverencial. En el espíritu de lo que Jesús dice en el evangelio acerca de la corrección fraterna será útil recurrir, después de la intervención sobre el individuo, al consejo de otros hermanos mayores o a hombres de Dios que puedan ayudar a entender verdaderamente el sentido de lo acaecido y buscar la iluminación de ambos. Y ayudar a tomar una decisión, aún si dolorosa.

6. Un caso

Propongo en este punto una situación, tal como ha sido vivida por una

joven mujer seguida por un sacerdote por un período de DS. El lector podrá hallar cómodamente en este relato diversos elementos subrayados en nuestro análisis. Y tal vez podrá entrenarse a sí mismo intentado proponer una interpretación de lo que ha ocurrido, desde el comportamiento del guía hasta la reacción de la persona dirigida, o una posible evolución de la relación misma para que alcance el objetivo que cada DE se fija alcanzar.

Hacía mucho tiempo que me sentía como un fuego enjaulado. Y también desde hacía mucho tiempo me preguntaba cómo hacerlo fuego sobre el celemín siendo que en cambio estaba encerrado en una caja de cinc. Por esto, le pregunté al padre Lamberto si podía ayudarme. Al principio le conté cosas inocuas de mí pero luego me dejé ir, le dije del fuego, de mis ganas de amar y de ser amada que se topa regularmente con una extraña incomodidad que me bloquea dejándome intensamente frustrada. Efectivamente no tardó mucho en comprender mi problema y en darse cuenta de los barrotes de mi jaula. Entendí enseguida que realmente quería ayudarme, pero no estaba ni estoy segura de querer dejarme ayudar realmente.

Así, bien pronto, nuestros encuentros fueron dominados por este tema como una confrontación, casi una lucha entre quien me quería liberar y mis resistencias interiores. Ciertamente, él también me hablaba de Jesús, de Jesús que no predicó sólo el amor, sino que concretamente se dejó querer, por personas precisas y con gestos visibles, hasta por mujeres, yendo contra la cultura de su tiempo y corriendo algún riesgo. Pero insistió en repetirme que hay un camino de conocimiento de sí mismo y una dimensión afectiva que hay que liberar.

Una de las últimas veces hacia el fin del encuentro me tomó las manos entre las suyas, cálidas y vigorosas, apretándolas con fuerza. Creí, o me pareció sentir entonces, que mi fuego se unía a su calor. Yo se las besé y también él las mías. Luego sobre los mejillas. Se acercó a mi lado: "No hay problema -surraba- el fuego está saliendo de la jaula". Pero fui la misma de siempre: "¡Yo no quiero hacer el amor!" le dije, inmediatamente sorprendiéndome y arrepintiéndome de haber sospechado de él. Pero sobre todo quedé sorprendida de su ausencia de reacción; es más, esto me hizo sospechar de mí... Luego teniéndome abrazada recitamos el Padrenuestro. Fue una cosa completamente nueva e inédita para mí, pero ¡no estoy segura de haberla disfrutado!

Entonces me pidió que pusiera por escrito lo que había sentido y que se lo mostrara, pero entendí que antes de escribirle a él tendría que "escribirme" a mí. Y descubrí una gran confusión dentro de mí, como un conjunto desordenado de sentimientos y sensaciones que se unen y contradicen. La sensación, por ejemplo, de la belleza de sus manos y el miedo, al mismo tiempo, de que esta belleza o de que el haberlas acariciado largamente o haber experimentado su apretón, me hubiera ligado a él, como si fuera el primer paso de una relación cada vez más comprometida. De hecho cuando me apreté las manos entre las suyas, yo estaba ahí, toda yo, fuego incluido...

Él dice que, en lo que le concierne, puede prescindir de estos gestos, pero los hace por mí, para abrir mi jaula. Bien, me molestó un poco esta declaración de neutralidad compasiva o de superioridad caritativa de su parte; digamos incluso que no me convenció. Pero el problema es que yo me siento todavía enjaulada; hasta no lograba tampoco mirarlo a los ojos, me sentía como "desnuda", un poco mala, un poco confundida, tentadora y tentada.

Casi intuyendo el vórtice de sentimientos que se agitaban dentro (y contra) de mí, en uno de los últimos encuentros, cuando llegamos al ritual, ya habitual, del abrazo con Padrenuestro conclusivo, él trató de calmarme: "No hay nada que confesar, no estamos en riesgo". Pero no me ha entendido: en aquel momento sentía su calor, no pensaba en la confesión. Aun si, desde el punto de vista "religioso", Dios no estaba fuera, quizás, de todo eso. ¿Pero quién lo puede decir con certeza? Por ahora sé sólo esto, que todavía tengo que

entender y luego calmar todas las emociones de aquel encuentro. Empezando por una explicación o pregunta fundamental: ¿encuentro con quién?

7. Algunos detalles prácticos

Para terminar he aquí una serie de criterios indicativos, no sólo para extraer en los momentos neurálgicos, cuando hay... mar movido, sino para conservar en la mente y en el corazón para construir cada vez más una mentalidad y conciencia recta, capaz de sugerir la actitud correcta en estas circunstancias.

Formulo tales atenciones imaginando que hablo con un DiEs.

Sé realista. Sé consciente de que *la carne une mucho más de lo que se piensa* y que los gestos físicos en todo caso hablan, dejan huellas, refuerzan el sentimiento, inciden en la psique y en el corazón, pueden crear dependencia.

Generalmente en estos casos... *no se vuelve atrás*, o es difícil hacerlo; o bien, el gesto físico constituye un punto sin retorno. A lo mejor se puede ir más allá, inventar algo nuevo, pero siempre a partir de dónde se ha llegado, como si fuese un dato ya adquirido.

Sé responsable y no egoísta. No te conformes con estar tranquilo tú, por tu cuenta, sino que siempre pregúntate qué reacciones tu gesto *puede provocar o ha provocado en el otro*. Así verías el problema con más objetividad.

En todo caso sé honesto contigo mismo y con tu cuerpo, el cual, si es estimulado, es capaz de una infinidad de emociones, que ayudan a discernir la calidad de la relación. ¿Estás seguro de saber *leer el lenguaje de tu cuerpo* o bien sus (tus) reacciones?

Duda de aquel modo de pensar y discernir que privilegia la sensación del propio bienestar sobre la *calidad global del obrar* (gestos incluidos). Sería un retroceso al estadio infantil.

No seas tan banal de hacer sólo el examen de conciencia, sino que aprende a hacer también examen *de la conciencia*, es decir no des por descontado que tu conciencia juzga bien, sino que pregúntate frecuentemente: "¿por qué mi conciencia me hace sentir lícito o no ese gesto, estoy seguro de que está bien formada? No te olvides, en efecto: existe libertad de conciencia, pero no existe libertad en la *formación* de la conciencia creyente.

Cada estado vocacional tiene su correspondiente estilo relacional o su modo querer. Uno es verdadero y libre en su querer en la medida en que adopta *su estilo*, aquel ligado a su *propia* vocación. Si empieza en cambio a chapucear, usando modos de relacionarse y de manifestar cariño propios de otras vocaciones, se traiciona a sí mismo y no se realiza y mucho menos es auténtico y libre. Sólo es manantial de confusión y contradicciones.

He aquí algunas. La del que dirige un alma y luego él es *dirigido* por su instinto; o la del que acompaña hacia Dios pero de hecho *gira alrededor de sí mismo*; o la del que enseña a leer la voz de Dios mientras *no sabe ni siquiera leer*

su propio corazón y sus sentidos; o la del que hace de padre y no se da cuenta de que todavía es un *niño*...

No te ilusiones: no puedes dar libertad si antes no estás *libre* tú, dentro de ti. Pero si reconoces tu fragilidad y buscas tenerla bajo control ya estás en camino hacia la libertad.

Sólo lentamente uno se vuelve director espiritual, capaz de establecer aquella *distancia afectivamente cálida*. Por lo tanto, no corras demasiado ni presumas de ti mismo. Es solamente cuando hayas tomado confianza en tu soledad de virgen y la hayas experimentado, que ella misma colmará de presencia y calor, es solamente cuando hayas aprendido que la renuncia inteligente y fundada, fiel y coherente también puede ser momento de plenitud humana y hasta de alegría, que entonces el espacio alrededor de ti se iluminará y calentará y toda tu persona, no sólo algunos gestos, expresarán acogida y benevolencia.